

HISTORIA

Biblia y traducción (41): «Escribe esto en un libro»

Por Juan Gabriel López Guix

«Yahveh dijo a Moisés: "Escribe esto en un libro para que sirva de recuerdo"» (Biblia de Jerusalén). El judaísmo primero y luego también el cristianismo han sostenido tradicionalmente que Moisés fue el autor humano de los cinco primeros libros de la Biblia (Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio), del mismo modo que los Salmos eran obra de David o los Proverbios y el Cantar de los Cantares de Salomón.

Por lo que respecta al Pentateuco o Torá, las pruebas aducidas eran (y son) de dos tipos: por un lado, los fragmentos bíblicos que así lo afirman en los cinco primeros libros (como el citado, Éxodo 17:14), así como en el resto de la Biblia, incluido el Nuevo Testamento en el caso de los cristianos. Por otro, la apelación a las autoridades que habían sostenido ese punto de vista, como Filón de Alejandría, Josefo o el Talmud de Babilonia, entre los judíos, y los Padres de la Iglesia, entre los cristianos. Más allá de estos argumentos, que la retórica clasifica como *ad verecundiam* y *ad antiquitatem*, nuestros datos acerca de un posible autor humano de los Cinco Libros apuntan a una completa ausencia de pruebas por lo que hace a la autoría mosaica e incluso a la existencia histórica del propio Moisés, de quien se afirma que vivió en el siglo XIII o quizá en el XV a. e. c.

Un ejemplo temprano de negación de que Moisés fuera el autor exclusivo del Pentateuco es la *Carta a Flora* del gnóstico Ptolomeo (siglo II); sin embargo, se trataba de una negación basada en motivos religiosos. Encontramos dudas basadas en pruebas textuales o literarias en diversos sabios de Al Andalus, como el cordobés Ibn Hazm (siglo XI), autor de *El collar de la paloma*, quien consideró en su obra de polémica religiosa *El Fisal* (I, 15) que la Torá había sido dictada de memoria por Esdras mucho tiempo después de la muerte de Moisés, narrada al final del propio Deuteronomio. También los judíos Isaac ibn Yásus (siglo XI) y Abraham ibn Ezra (siglo XII) expresaron reparos acerca de que toda la Torá fuera obra de Moisés. La exégesis de Ibn Ezra (*Comentario al Deuteronomio*) fue retomada en el siglo XVII por Baruj Spinoza (*Tractatus theologico-politicus*, 1670). Spinoza se pronunció en contra de la autoría mosaica de la Torá y en favor de una compilación de diversos autores y entre ellos, de modo destacado, Esdras. El episodio de la muerte autonarrada desempeñó un papel importante en todas esas dudas, y tanto judíos como cristianos la explicaron como una interpolación posterior (de Josué, Esdras o algún otro redactor).

A partir del siglo XVIII, diferentes estudiosos fueron identificando en esos libros repeticiones y coherencias que se vieron sistematizadas en 1878, tras un laborioso proceso bicentenario, por Julius Wellhausen en la llamada «hipótesis documental». En su formulación inicial, esa teoría postulaba la existencia de cuatro fuentes independientes: J (h. 950 a. e. c.; reino meridional de Judá), E (h. 850 a. e. c.; reino septentrional de Israel), D (h. 600 a. e. c.; Jerusalén) y P (h. 500 a. e. c.; exilio babilónico); se introducían también diferentes redactores (R), con una redacción final por parte de Esdras en torno al 450 a. e. c. (bajo Artajerjes I). (Las siglas corresponden a las iniciales en alemán de Yahvé, Elohim, Deuteronomista y Sacerdotal). Con modificaciones, dicha teoría dominó buena parte de los estudios bíblicos en el siglo XX.

En la actualidad, la idea de las cuatro fuentes independientes entrelazadas progresivamente entre los siglos X y V ha perdido predicamento, y tiende a privilegiarse una composición centrada en torno al libro del Deuteronomio. El siglo VII a. e. c. fue, en el reino de Judá, una época de efervescencia mesiánica que se prolongó hasta 586 a. e. c., año de la toma de Jerusalén por los ejércitos babilónicos, la destrucción del Templo y la deportación de parte de la población a Babilonia. El rey Josías (639-609 a. e. c.) quiso aprovechar las postrimerías del dominio asirio para llevar a cabo una ambiciosa reforma que suponía en lo territorial la creación de un reino independiente, y en lo religioso, la adopción del monoteísmo y la centralización del culto en Jerusalén. Según diversos especialistas, ese clima favoreció la cristalización de un corpus de materiales que difundió esa ideología y mitificaba un pasado unitario de Judá e Israel, un territorio reclamado en ese momento por Judá: el Pentateuco, con las sagas de los patriarcas, y lo que se ha dado en llamar la Historia Deuteronomista, los seis libros siguientes, de Josué a Reyes, que abarcan desde la entrada en la Tierra Prometida hasta la deportación babilónica.

[Ver todos los artículos de «Biblia y traducción»](#)